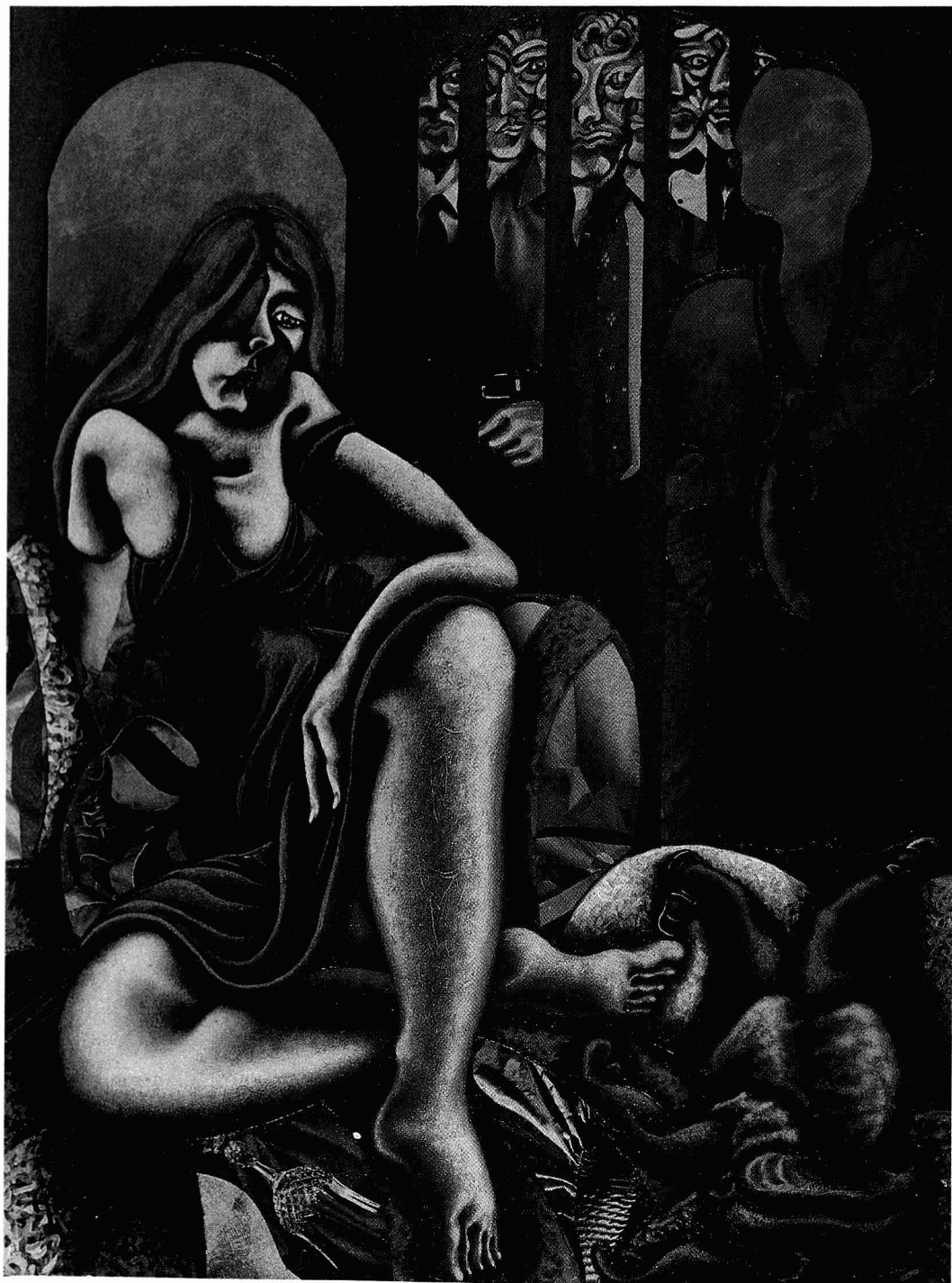
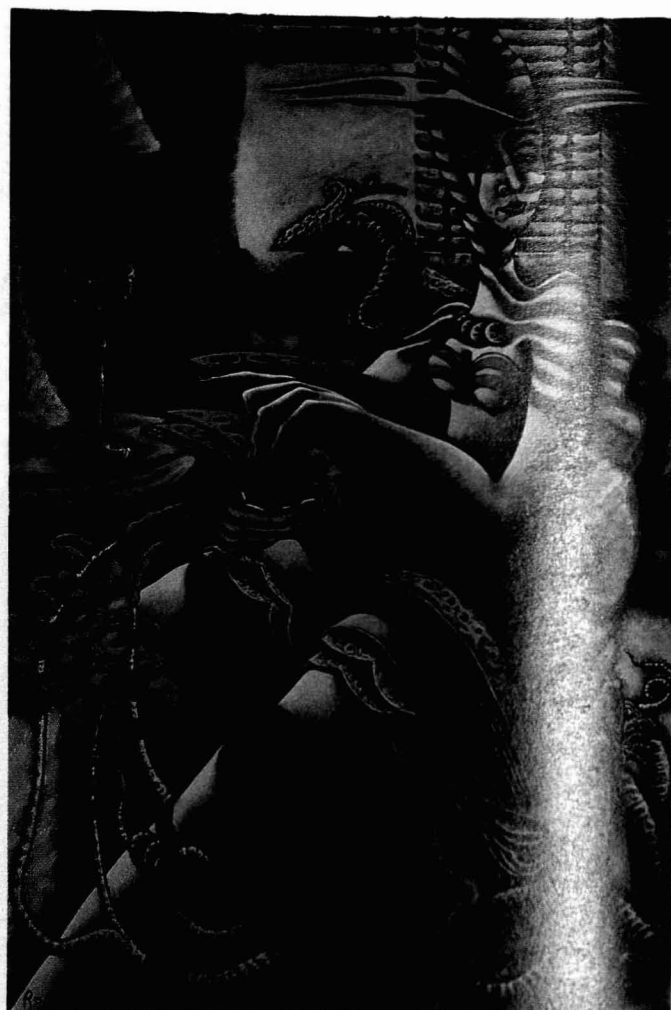
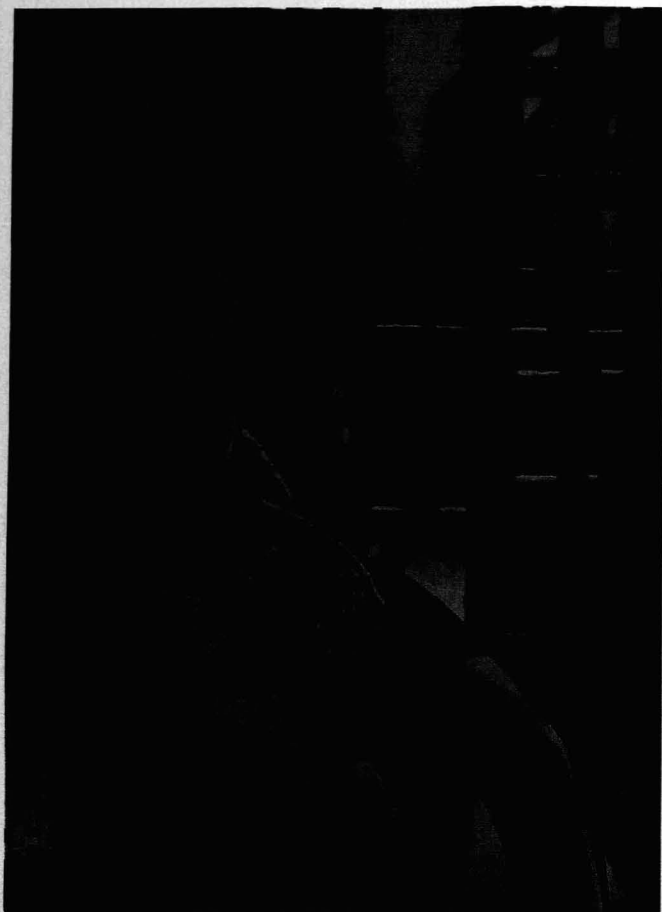

Armando Pereira

Roberto Roque

La mirada codiciosa





I

Sobre la superficie de la tela, la mujer parece abandonarse al placer de la siesta. Un rayo de luz, a través de la ventana entreabierta, ilumina su cuerpo adormilado sobre una silla: su laxitud perezosa, su descuidada desidia, su indolencia invitan al Mirón a demorarse en el gozo de la contemplación codiciosa (aquella que se detiene en cada detalle del cuadro y lo atesora). El vestido, de tonos tornasolados, más que ocultar, resalta sus formas: los senos pequeños y verdes, el vientre triangular y abultado, los muslos mitad descubiertos y mitad ocultos, pero señalándose tal vez con más fuerza bajo los pliegues morados y grises del vestido. Una de sus manos, de dedos largos y afilados, descansa displicente entre sus piernas; en realidad indica un camino, una vía de acceso a ese cuerpo que duerme, deseando quizá ser sorprendido en el sueño. El otro brazo, que pasa por detrás de la cabeza de la mujer sirvién-

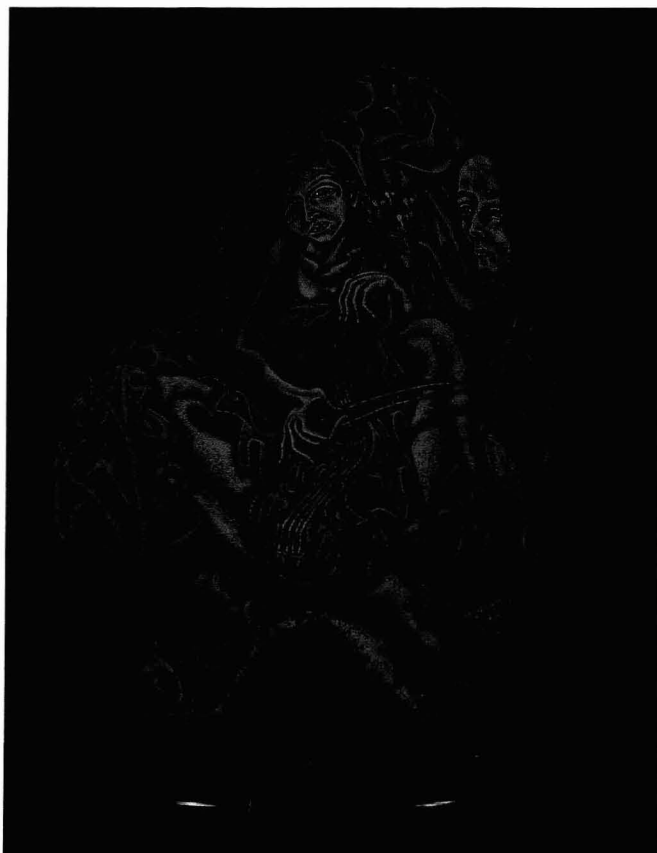
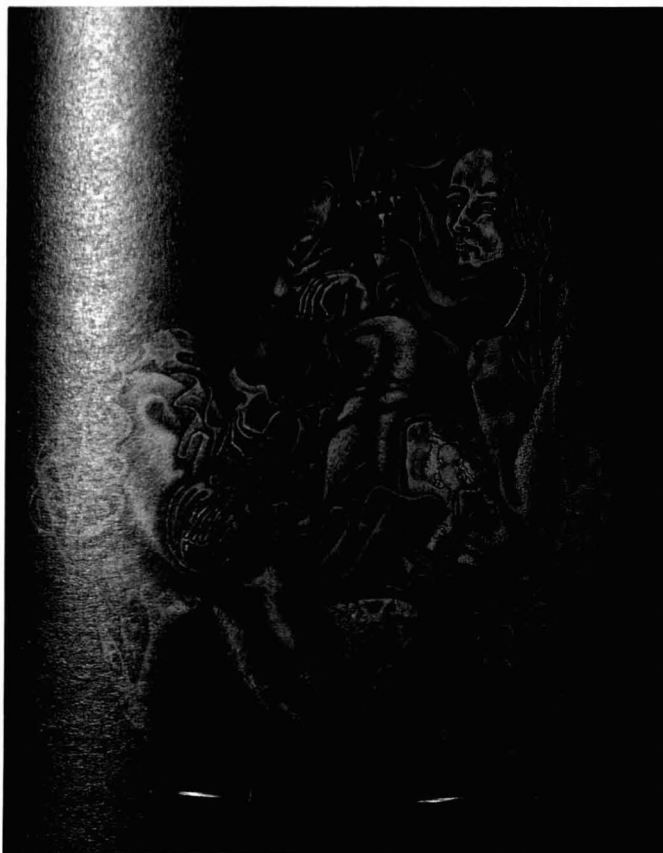
dole de almohada, ofrece, metonímicamente, una imagen más obscena aún: el sobaco se abre, ante los ojos ávidos del Mirón, como una enorme vulva palpitante, como un corazón ansioso que no deja un instante de latir. Tal vez la mujer ha dejado la puerta abierta, tal vez el Deseado ha entrado ya a la casa, tal vez camina ahora hacia ella cuidando que el ruido de sus pasos no la despierten.

II

La copa de vino sobre la mesa es tal vez el detalle que captura de pronto a la mirada. Pues una copa de vino a media tarde es un signo inequívoco de la espera. Por eso también el sombrero rojo, que combina su color con el del vestido, y este álbum de fotos que ella hojea con absoluta displicencia, como si, al hacerlo, sólo quisiera acelerar el paso del tiempo. Se ha quitado los zapatos, y aunque uno de sus

pies desaparece en la esquina del cuadro, el otro exhibe su exquisita desnudez a la mirada que lo contempla. Su delgadez, su fragilidad, su aparente inconsistencia parecen desmentir los rollizos muslos que soporta, pero ahí radica también su elegancia. Los dedos resbalan como en la escala descendente de un piano, sin que ninguno de ellos comporte la nota discordante. Apoyado en el tronco de la enredadera que le ciñe las piernas, el arco se curva tenso hacia dentro. Y es justamente allí, en ese gesto apenas perceptible de un detalle, donde se concentra toda la tensión del cuadro. Allí y en la propia mirada de la mujer, que ha levantado la vista del álbum de fotos y mira hacia un lugar impreciso, como si de pronto la hubiera sorprendido el ruido de la puerta, unos pasos presurosos en el corredor que conduce a la estancia o la respiración ansiosa del Esperado. Entre la copa de vino, el pie y los ojos de la mujer se forma un triángulo imperceptible en el que tensión y tentación juegan un juego indecible.

El paso de la tela a la piedra tiene sus riesgos: no sólo la consistencia del material —su rugosidad, su aspereza, su resistencia—, sino su propia forma inalterable pueden constituir un límite a la imaginación. El artista parte de una forma preexistente; es cierto que se trata de una forma muda, silente, callada, pero desde su silencio, me conmina a hablar desde ella misma, desde lo que sus anfractuosidades me sugieren. No hay que olvidar, sin embargo, que puede constituir también un estímulo: al darle voz, no hago sino mostrar lo que de alguna forma estaba ya en ella y no nos atrevíamos a ver: sus hendiduras, sus promontorios, sus grietas, sus fisuras encierran una pluralidad de formas que es necesario descubrir y revelar, precisamente porque abren el camino para contemplar el mundo desde otros ángulos, más sutiles, más sugerentes. Descubrir, por ejemplo, el tallo del árbol que crece, como un pólipo, desde la base de la piedra hasta su cúspide; la espalda de la mujer levemente apoyada en el tronco y rodeada por una vegetación feraz, lujuriosa, como queriendo devorarla. Si se inclina triste sobre un violín torcido y de cuerdas





rotas, es tal vez porque ese violín ya estaba allí, como la mujer y el tronco del árbol. Oculto entre la maleza, un hombre, con el doble rostro de Jano, la contempla con uno sólo de sus rostros. El otro mira en dirección opuesta, hacia la celista que hace brotar de su instrumento, igualmente combado y retorcido, una melodía muy dulce y muy triste a la vez. El hombre —esa especie de sátiro renacentista— sostiene en la mano una paleta multicolor y un pincel. Tal vez es él, en realidad, el que las pinta (y se pinta a sí mismo) sobre la sinuosa superficie de la piedra, para darse el gusto de convocar la música de esa sonata de cuerdas que estimula la lujuria de las plantas en torno a él. Una lujuria que de alguna manera se refleja en su rostro al contemplar el cielo como un bicho enroscado entre las blancas piernas de la mujer. Lujuria de formas y colores que nos habla desde la dura superficie de la piedra y que nos obliga a abandonar el estatismo a que nos confinaba la tela, para girar ahora, como abejorros lascivos, en torno a un volumen del que brotan imágenes y figuras que entonan su triste canto de sirenas. ♦

